

ALCANTARA...

Alcántara, ¿de qué te quejas?
Tú que has dado al mundo
el mayor santo de penitencia.
Tú que fuiste cuna de Pedro Garavito
¿Qué te ocurre?, ¿de qué te quejas?
No estás contenta de haber dado
el mayor santo de nuestra tierra.
En la Iglesia de la cristiandad,
en forma pétrea,
han parado el caminar de Pedro,
porque si no le paran,
dónde estuviera.
Entrando en la Basílica de Roma,
junto a la puerta,
tres gigantes españoles se encuentran,
Teresa de Ahumada, Ignacio de Loyola
y Pedro de Alcántara esperan.
Porque para hablar con Dios,
los hijos de la Reina de las Villuercas,
en el mayor templo de la cristiandad,
Pedro de Alcántara espera.
¡Qué mejor embajador que Pedro!
Alcántara, ¿te quejas?
No sabes que el hijo de los Garavitos
desde cualquier sitio tiene correspondencia.
Cuéntale a Pedro tus proyectos,
porque mejor que él,
hijo de esta tierra,
en la Eterna Roma,
ante el Trono de Dios,
él apoya y hace fuerza.

A. POLO BEJARANO

Al margen de los libros

POR LA GEOGRAFIA CACEREÑA - FIESTAS POPULARES

de Valeriano Gutiérrez Macías (Madrid, 1968)

L

O popular es algo tan consubstancial a determinadas cosas: la poesía, la novela, el cuento, el teatro, la música, la pintura, incluso la filosofía, en su expresión paramiológica, que allí donde falte como elemento constitutivo, decrece o mengua del conjunto, su eficacia y potencialidad.

De esa inspiración anónima y colectiva ha salido el romance, la música autóctona, que más tarde fue llevada al pentagrama, como motivo melódico, por los grandes compositores, la casta e irrefutable sabiduría lugareña o campesina, el folklore, en la multitud de sus manifestaciones: cantos, fiestas, bailes, indumento, costumbres, hábitos.

La novela, el cuento y el teatro ofrecieron a la ávida curiosidad de los lectores o espectadores, el rico caudal de sentimientos, de reacciones psíquicas, entrañables, del pueblo, y la pintura vistió a aldeanos y rústicos con sus trajes típicos, ya de fiesta o del trabajo, y llevó al lienzo el paisaje genuinamente específico, la humilde vivienda: escenario de la pobreza o, al menos, de la estrechez; la plaza, la iglesia, de rudimentaria arquitectura, el ejido o era, la charca, el abrevadero...

Y la historia —ese recinto vastísimo, casi ilimitado, donde van a reunirse los hechos singulares que teje lo presente y confía después a la memoria o pasado— recogió también en sus páginas, el hechizo sin par del pueblo, de la vida lugareña, más estática que locomotiva.

Pues bien, todo este material de hechos, costumbres, fiestas religiosas o profanas, de quehaceres propios de una determinada solemnidad, de típicos atuendos —corpiños, refajos, polleras, guardapiés adornado de lentejuelas, pechero de puntilla y agremanes, faltriqueras bordadas, enaguas con entredoses y jaretas, zapato negro de terciopelo, peinado de picaporte, pendientes y gargantillas de oro, y ellos: camisa de lino, calzón corto de raso, chaleco con doble botonadura, fajón verde, pañuelo de colorines, media blanca, de «tejido grueso de ganchillo»—, de danzas, coplas, tamboriles, flautas y gaitas y de pipiripaos y alborozos en las bodas, romerías y otras fiestas locales, han tenido un notable expositor en don Valeriano Gutiérrez Macías. Conciencioso observador; fino analista de este pequeño mundo rural, tan henchido de honda poesía; recopilador de cuantos antecedentes forman la fisonomía popular: urbana o campesina.

El libro que comentamos: *Por la geografía cacereña. Fiestas popu-*

lares, consta de cerca de cuatrocientas páginas, cincuenta y seis fotografías, retrato del autor, portada, muy original, del laureado artista Martínez Terrón y papel e impresión impecables.

Si la exterioridad del libro es perfecta y fácil su manejo, el contenido realmente abruma por la riqueza de datos históricos, la detenida, minuciosa enumeración de festejos, costumbres, monumentos y tradiciones. No falta el detalle gastronómico, la situación geográfica, el paisaje. Ameno por el arte, la habilidad, el acierto con que se yuxtaponen todos sus elementos integrantes. El estilo sencillo, depurado, con relámpagos de inspiración cuando lo expuesto reclama por su naturaleza dramática, tales reacciones o sacudidas. En resumen: una exposición ejemplar, páginas que atraen y de las que no es fácil desentenderse una vez empezada la lectura.

Las localidades más importantes por su valor histórico y monumental: Coria, Guadalupe y Trujillo son estudiadas con esmero y prolijamente, y los pequeños pueblos, de casas humildes y añosas, como abandonados a su propio destino, en la soledad de los campos, pero ricos y atrayentes por sus típicas costumbres, sus leyendas y sus fiestas, aparecen descritos con voluptuosa complacencia, sin omitir detalle, rasgo, particularidad alguna, a fin de que la estampa sea exacta.

Las interpolaciones gastronómicas, cuando el relato lo exige, son copiosísimas: roscas de San Blas y de la Pica, empanadas, hornazas, coquillos y floretas, tortas del Casar, «roscas obispales», «madroños», «roscas de piñonate», «repelao», «brazo de gitano», «empanadas de bizcochos»; frite extremeño o *caldereta*, jamones, aves, conejos del «Ramo», chanfaina, tortilla de pimientos, etc., y aunque el autor de estas líneas, por un imperativo de su deficiente salud, observa la sobriedad ateniense y abomina de los Trimalciones, Apicios y Lúculos, no puede dejar de considerar de un modo objetivo esta riqueza del yantar cacereño tan pródigamente expuesta por el señor Gutiérrez Macías.

Su personalidad como periodista —colaborador y corresponsal de importantes periódicos y revistas—, político —en la esfera municipal y provincial— y literato, es tan conocida de todos, que no hay por qué detenerse a considerarla. Nos subyuga de ella la corrección y diligencia que pone al servicio de todos sus quehaceres. Ahora se acrecienta con la publicación de este libro, que no faltará, sin duda alguna, en la biblioteca de cuantos amen el propio terruño, o de aquéllos que más allá de los límites geográficos de éste, sientan curiosidad por la historia, hábitos, fiestas, monumentos, paisajes, indumentaria, psicología, carácter y naturaleza de nuestros conterráneos.

PEDRO ROMERO MENDOZA

Nocturno en la plazuela de San Mateo

Te platea la luna...
y en la noche bruna
con encanto moro,
los viejos palacios
parecen topacios
de un viejo tesoro.
En tu plazoleta
el alma se aquieta
con tus soledades,
y hasta el mismo viento
es suave lamento
de añejas saudades.
En tus tapias viejas
florece consejas
llenas de emoción,
donde los laudes
con sus inquietudes
forjaron romances
que son tradición.

Rincón recoleto
que lanzas el reto
sobre el tiempo hiriente.
Nocturna balada
en piedra almenada
de impresión silente.
Caen las campanadas
sonoras, pausadas...
y el silencio herido,
tiene resonancia
de altiva prestancia
en muros dormidos.
.....
Te platea la luna...
y en la noche bruna
— historia y trofeo —
los viejos palacios
parecen topacios
sobre San Mateo...

ISIDRO MELARA BERROCAL